

Confieso á V., amigo mio, que la relacion de los desastres ocurridos en Guanajuato conturban mi espíritu; pero mayor impresion me hace la aprobacion que de ellos hizo Venegas en su oficio de 28 de noviembre (1810), inserto en la extraordinaria núm. 143. Fué una *justísima* determinacion, le dice, la que V. S. tomó de que nuestras tropas entrasen á sangre y fuego en una ciudad que habia cometido tan detestable delito, (á saber, asesinar á los europeos que estaban en Granaditas). Merece toda mi aprobacion la ejecucion que V. S. *medita*. . . . Tenemos aquí aprobado el hecho mas torpe que se habia visto en esta América y el que se *meditaba* ejecutar, es decir, que Calleja, conmovido con la noticia del asesinato, se irritó, y en el exceso de la cólera obró furibundo: malo es; pero no es mucho peor meditar á sangre fria la ejecucion de hombres inermes cogidos á lazo, y cuando descansaban en su inocencia? ¿Y no es muy mas criminal la conducta de unas matanzas que se pensaba hacer á distancia de México ochenta leguas y sin la vista de los objetos que pudieran excitar la indignacion y movimientos extraordinarios de la ira? ¿Quién es el que no dice que es mas cruel Tiberio cuando en el silencio de la isla de Caprea meditaba los asesinatos de los primeros ciudadanos de Roma, que el mismo Neron cuando daba fuego á aquella hermosa capital del imperio, y corria en un carro por sus circos, entregado á los delirios de la crueldad y de las mas sórdidas torpezas? Pudiera este ser un problema de muy difícil resolucion. Calleja y Venegas se obsequiaban en esos dias, ó como vulgarmente decimos, se escopeteaban á cumplimientos; pero ¡ay! que estos se hacian inmolando muchas víctimas que eran el precio con que se compraban tan sangrientas carabanas. En dicho oficio le dice por último. . . . Apruebo el nombramiento interino que V. S. ha hecho de intendente corregidor de esta ciudad en el Lic. D. Fernando Perez Marañon, de cuyas circunstancias, honradez, fidelidad y patriotismo que V. S. me confirma, *tenia yo anteriores noticias*. ¡Ojalá y no hubiera aceptado este nombramiento que le ha hecho tan poco honor cuando no fuese mas que por las manos de quienes lo recibe!

### LLEGADA DEL GENERAL CRUZ A MEXICO.

Ya V. verá en la serie de la historia, que no solo fueron estos dos los únicos tiranos que se presentaron en aquellos dias en la escena de la América mexicana, sino que tambien aparecieron otros de igual fondo de malignidad, y que pudieran apostárselas á Calleja y Venegas. Si sus crueldades no fueron tan escandalosas, fué porque era estrecha la órbita en que obraban, y sus puestos no podian darles la nombradía que á estos. En estos mismos aciagos dias se presentó de ayudante primero de la brigada de México el brigadier D. José de la Cruz, que habia servido en España en el ejército del general D. Gregorio de la Cuesta, pero que no se habia distinguido por su valor; si tal hubiera sucedido, estoy cierto de que no se le permitiera abandonar la Península, teatro entónces de la guerra de los franceses. Necesitábanse allí hombres de valor: lo que se mandaba á la América era lo que no servia en España, y justamente porque nadie echa fuera ó permite que salga de su casa lo mejor y de que tiene necesidad; pero de este sugeto hablaremos otra vez, dejándolo aprestarse en México para salir á la campaña de Huichapa á sembrar la desolacion y la muerte por todos los lugares de su tránsito.

Apellidada la libertad en la hacienda de S. Nicolás, como dije en mi anterior, por D. Miguel Sanchez, fué luego seguida la voz en Xilotepec y Huichapan. Entre los primeros que se presentaron fueron D. Julian Villagran y su hijo, conocido con el nombre de *Chito*, nombres funestos y que recuerdan luego la historia de dos malvados que han deturpado con sus crímenes la mas justa de las causas. El tal *Chito* andaba errante en aquella sazón por haber asesinado en la mesa, y en el acto de recibir la hospitalidad, á D. N. Chavez, dándole una puñalada por las costillas á traicion. El padre de este malvado [Julian] campesino feroz, cruel por temperamento, falto de educacion y principios, dado á la embriaguez, con todos los tamaños de un arriero brutal, y mas propio para andar al rabo de una récua de mulas, que á la cabeza de un escuadron de hombres, muy luego mostró de todo lo que era capaz en la revolucion. Ofendióse de que Sanchez se

hubiese colocado en el lado derecho cuando paseaba con él por las calles de Huichapan, y se propuso matarlo en primera vez. Hallábase un día Sanchez con N. Cisneros y otro de que no hago mencion en el curato de Alfaxayucan, cuando he aquí que se presenta á caballo y á media bolina el Julian armado de una lanza y sin mas ni mas acomete con ella á los tres y los deja muertos. No sé como pudo este malvado hallar compañeros que le siguiesen en la empresa que acometió: Uniéronsele *Cayetano y Mariano Anaya*, y con una reunion de indios y rancheros se situaron en el puerto de Calpulalpan, punto de preciso tránsito para el convoy de efectos preciosos que se dirigian para tierradentro de cuenta del comercio, y otro de municiones y útiles de guerra que el virey mandaba al general Calleja para que continuara sus expediciones militares. Efectivamente, aprovecharon el lance dando muerte á una parte de la tropa que escoltaba al convoy y á los pasajeros que caminaban bajo su custodia. Tocóle la desgracia al *Dr. D. Ignacio Velez de la Campa*, destinado para servir de auditor de guerra en el ejército del centro, el cual fué muerto de la manera mas cruenta que puede imaginarse. Desprendieron sobre el cielo del coche un enorme peñasco, y aplastándole la cabeza se le saltaron los ojos; en esta dolorosa situacion y ya moribundo, imploraba la clemencia levantadas las manos; pero encarnizados los indios é insensibles, multiplicaron sobre él los golpes y lo dejaron muerto rematándolo á lanzadas y robándole cuanto traia. Acontecimiento tan escandaloso, y pérdida tan sensible para el virey, le movió á mandar á D. José de la Cruz. En lo sucesivo le será á V. fácil cosa notar una particular afinidad entre estos dos competidores, y que si Villagran era cruel por un exceso de embriaguez, Cruz que no lo conocia, lo era á sangre fria por cálculo y combinacion. Acompañóle de su segundo D. Torcuato Trujillo, de quien ya he dado idea en la carta cuarta. . . . Salió, pues, Cruz de México en 16 de noviembre con el regimiento de infantería de Toluca, el mejor que tuvimos en el canton de Jalapa: doscientos cincuenta dragones de España y Querétaro, y dos piezas de cañon; fuerza que despues fué aumentada con el regimiento de infantería

provincial de Puebla y un batallon de marina, y que sirvió en mucho las expediciones de Nueva Galicia, por lo que no regresaron estos cuerpos á sus puntos hasta el año de 1823, ya casi destruidos y regenerados con gente de Guadalajara.

Cruz marcó muy luego sus pasos con torrentes de sangre: el rastro de esta y los cadáveres que dejaba á su tránsito señalaban al viagero la ruta que llevaba: sus primeros ensayos de atrocidad fueron hechos en el pueblo de S. Francisco en tres infelices, sin mas pruebas que parecerle hombres sospechosos; llegó á Nopala el 20 de noviembre; en vano se le recibió con cohetes, y aun salió el clero del lugar á tributarle respetos de un monarca; todo lo despreció, y trató con tanta dureza al cura D. Manuel Correa, que enhastado de su orgullo y crueldad se convenció de la justicia de la revolucion: se hizo insurgente, y despues fué uno de los que mas pesares dieron á los españoles en la campaña, puesto á la cabeza de una division que él mismo creó. Instruido Villagran de la aproximacion de Cruz, se marchó á la sierra del Real del Doctor: situóse en el cerro *Nastejé*, que otros llaman de la *Muñeca*, desde donde hacia sus correrías, y su hijo lo emulaba haciendo las suyas con igual fuerza en Huichapan. En este pueblo encontró Cruz el fardage y municiones; pero no el dinero que buscaba con ávida impaciencia. Halláronse trescientos nueve tercios que despues se repartieron á los que acreditaron su dominio á ellos, bien que disminuidos, porque no fueron muy puras las manos por donde se hizo esta devolucion. El 16 de diciembre salió Cruz de Huichapan; pero ántes de que le sigamos los pasos en su expedicion, será bueno que digamos cómo se portó en la casa donde fué hospedado en Huichapan. La viuda de D. N. Chavez se la franqueó y le hizo servir la comida en los platos de plata de su uso: el dia de la partida mandó Cruz á sus asistentes que la recogiesen y llevasen en su equipage; la señora reconvino por este procedimiento que era un descarado robo; pero el modo de satisfacerla en tan justa queja fué mandarla á México á la cárcel acusándola de insurgente. Así correspondió á esta generosa hospitalaria.

## PRIMEROS MOVIMIENTOS DE REVOLUCION EN

GUDALAJARA.

Interin este gefe se dirige con su espedicion á Valladolid, sembrando la desolacion por los lugares de su tránsito, demos ya una mirada sobre lo que pasaba en el territorio y ciudad de Guadalajara, que va á ser el teatro de la guerra; así lo pide el orden natural de los sucesos que seguiré como pueda. Gobernaba en aquella capital de la Nueva Galicia (dice una memoria que tengo á la vista) el brigadier D. Roque Abarca, sugeto que aunque constantemente aplicado á formar planes de ataque y campaña en tiempo de paz, como mostró cuando se trató en aquella audiencia y acuerdo del asunto del virey Iturrigaray, tenia empero poca resolucion y denuedo militar. Cuando se supo el grito de Dolores, se tuvo por una conmocion, que regentada por un bandido, solo trataba de robar é invadir las propiedades, sin mas objeto que saciar su codicia: despues se tuvo al cura Hidalgo por un hombre enemigo de la religion, que intentaba arrancar de este suelo para subrogarle la impiedad y el ateismo; idea que se hizo valer con el edicto de la Inquisicion que se circuló por las autoridades civiles y militares. Abarca, de acuerdo con la audiencia, (cuerpo que entónces se tenia por legislador) formó una junta gubernativa compuesta de nueve sugetos, entre los que hacia el primer papel el Dr. D. Francisco Velasco de la Vara, jurisconsulto sutil de la era de Papiniano, el Dr. Cordon, andaluz, y otros, que si no eran positivamente enemigos de los americanos, distaban mucho de mirar por sus verdaderos intereses. Por orden, pues, de esta junta se hicieron venir las divisiones militares de Tepic y Colima: se armó todo el batallon provincial de Guadalajara, y se sublevaron dos compañías de voluntarios de aquel comercio, compuestas de cajeros y mozos cursantes de la Universidad y colegios. El obispo de aquella diócesis D. Juan Cruz Ruiz Cabañas, daba por su parte la importancia posible á la idea de irreligiosidad, que respecto de Hidalgo y sus tropas se habia pretendido inspirar al bajo pueblo. Con este ob-

jeto formó un regimiento que llamó de la *Cruzada* compuesto de *ambos cleros* y de todos cuantos se quisieron reunir á una piadosa compañía de asesinos. Por mañana y tarde se llamaba á ejercicio, pero no con cajas de guerra *sino con la campana mayor de Catedral*; reuniánse los alistados en el obispado y salia con tambor batiente aquella mesnada formada por las calles á dar un paseo imponente á todos los que no fuesen hombres sino máquinas. El clero iba montado á caballo, sable en mano, precedido de un estandarte blanco con una cruz encarnada, y le acaudillaba su obispo que prodigaba bendiciones é indulgencias á sus cruzados, despues de haber esparcido hasta tres pastorales. Los muchachos seguian en grupos al obispo gritando . . . . *¡Viva la fé católica!* y en testimonio de que todos pertenecian á ella traian una cruz encarnada al pecho . . . . *¡O miseri homines! ¡O quantum enim est rebus inane!* . . . .

Tal era el aparato con que se hacia la reseña diaria de estos adalides y alfaqueques, dignos de los heróicos siglos de Castilla y de llevar la vanguardia del famoso rey D. Sancho el Bravo †. La junta mandó poner un canton de trescientos á cuatrocientos hombres en el famoso puente de Guadalajara (ó sea de Tololotan) á seis leguas de aquella ciudad, y por el rumbo del oriente; allí se registraba á todo transeunte para ver si llevaba algunos papeles sediciosos: se le juramentaba de que nada dijese de lo que sabia, y se le prevenia de las noticias favorables que debia dar, for-

† La ley de Indias (56, tít. 12, lib. 1.º) manda que si la necesidad obligare . . . . á que el estado eclesiástico tome armas para defensa de la ciudad, lo haga con traje modesto y decente á sus personas y dignidad, de suerte, que escusen toda nota en los trages y proceder y dén el ejemplo que deben en todo. *¿Y fué justa y decente esta mogiganga? ¿Lo fué que Calleja entrase en Guanajuato, precedido de frailes con sus charreteras, sombreros montados con grandes plumas, pistolas, sable y carabina? ¿Lo fué que F. Juan Herrera, guardian de Tlaxcala, saliese á cazar indios inermes como conejos, y que volviese en tono de triunfo, trayendo sus orejas por escarapela de su sombrero? ¿Que el padre chicharronero friese á un hombre en una paila como si fuese un cochino? ¿Que el que confesó al capitán Buenbraço en Tecamachalco, revelase su confesion y las de sus compañeros y dijese públicamente . . . este merece la muerte por insurgente, y este y ese otro porque han estado amenebados tantos años &c. &c.?*

midándolo con graves penas si no cumplía; tal era la arteria con que se conducía aquella junta. Entre tanto la revolucion hacia rápidos progresos: la opinion de Hidalgo mejoraba en Guadalajara, á pesar de los cruzados predicadores amenazantes: los apóstoles de la insurreccion, diseminados por varios puntos de la provincia y en correspondencia con Hidalgo, reclutaban gentes en muchos miles. D. José Antonio Torres y otros ocupaban la Barca y Zacoalco y mostraban intenciones de avanzar sobre el valle de Tlemajaque; por tanto determinó la junta que saliesen dos divisiones á atacar á estos caudillos. Destináronse mil hombres para esta empresa, confiándose quinientos á D. Francisco Recacho, oidor de aquella audiencia, é igual número á D. Tomás Ignacio Villaseñor, hacendado rico, y creado entónces teniente coronel por aquella junta. Diósele á este una compañía de voluntarios, de que era capitan D. Salvador Batres. Estos gefes eran tan ineptos para la direccion de estas expediciones, como lo acreditaron los hechos posteriores; sin embargo, *Recacho* quiso figurar en el rango de los generales, aunque siempre salió deslucido, hasta que precisado en la batalla de Tixtla á correr como un gamo, tuvo que volver á ocupar su silla de magistratura, para la que tenia (segun voz comun) las mismas disposiciones que para general.

En la gaceta núm. 25 del 9 de febrero de 1811, se lee un parte dado por el oidor Recacho de la accion de la Barca, recibida por él en los dias 3 y 4 de noviembre del año anterior. Remítelo desde la fortaleza de S. Diego de Acapulco, y la data de este lugar de la mayor seguridad tan distante del de dicha accion, bien muestra el ningun triunfo que obtendria. De la de Zacoalco (una de las mas decisivas ganadas por los americanos) no se lee ni una línea en los papeles vireinales. Dedúcese por una construccion del testo de Recacho, que el 30 de octubre se reunió con el capitan Corbaton y salió del pueblo de Atequizar con direccion á la Barca, que llegó á Poncitlan donde pasó la noche y tomó los pasos del rio para ocultar á los americanos sus movimientos: que el 31 salió de Poncitlan y llegó á Sula campando al otro lado del rio, y acercándose al pueblo de la Barca, hizo al-

to fuera de tiro de fusil del pueblo al que intimó rendicion; fué recibido por el cura con demostraciones de respeto, é hizo leer el edicto de la santa Inquisicion, no de otro modo que los conquistadores españoles hacian leer á los indios la bula de Alejandro VI, en que les hacia donacion de las Américas, aunque no fuesen suyas. Ocupado ya el pueblo el dia 3, se presentaron dos columnas de ataque, y lo verificaron con ardor, tras de las que apareció despues otra que salió con precipitacion de un monte inmediato al arrabal de S. Pedro, á la que esperó en la plaza, tomando la principal avenida con un cañon, con el que hizo fuego á metralla; y aunque causó mucho estrago, no amedrentó á los indios: ¡tal era su entusiasmo! Acobardado ya, trató de retirarse; mas percibió que el camino de Sula por donde debia hacerlo iba á ser tomado por los enemigos. A media legua de distancia dice que encontró al cura de la Barca que traía al Santísimo Sacramento, y lo hizo entrar en un coche en que conducia unos heridos. Valióse del sagrado de su Magestad á quien acompañó hasta Guadalajara. Jamás se ha hecho ni se refiere de un acompañamiento mas largo y religioso que este en todos los fastos militares. Luego que se supo esta ocurrencia en Guadalajara, el ayuntamiento convidó por rotulones al vecindario para que saliese á recibir al oidor Recacho, que dizque venia triunfante de la Barca, trayéndose á su divina Magestad *por no dejarlo espuesto á irreverencias*.... ¡Qué piedad tan edificante la de este oidor coronel! Los gefes americanos que lo atacaron y obligaron á que hiciese esta marcha religiosa y procesional, fueron, Godinez, Alatorre, y Huidrobo. Nótase de particular en este parte, que Recacho recomienda al virey el vigia que puso en la torre *porque vió* y avisó de lo que veia, ¡mérito singular, vive Dios! pudo haberlo recomendado porque respiró, habló, tosió, é hizo las demás operaciones de animal. Era muy esquisita la sabiduría de este jurisconsulto general, de este ornamento de la milicia armada y togada. Un hecho de esta naturaleza, prueba de todo punto la religiosidad de los insurgentes, pues respetaron como debian al Señor Dios Sacramentado, y la injusticia con que se les acusó de impiedad, despues de referir este y otros muchos hechos á que debieron la vida sus enemigos.

La division del teniente coronel Villaseñor fué ménos afortunada que la de Recacho, pues se batió con un general insurgente, al paso que el mas humano y justo, uno de los mas comedidos que figuran en la historia de esta guerra. Hízole decir que se retirase á Guadalajara con todos los americanos que llevaba á quienes no pretendia ofender: que le suplicaba dejase solos á los europeos si gustaban batirse; mas estos instaron á Villaseñor á que despreciase sus proposiciones que miraron como insultos. Comprometiéronlo, pues, á una lid que repugnaba á Villaseñor D. Miguel Caballero, D. Pascual Rúbio y otros oficiales de la compañía de voluntarios, que en breve fueron derrotados; pues se les cargó tanta indiada y con tanto denuedo, que muy luego los envolvieron: fué tal la pedrea que cargó sobre la tropa, que los fusiles quedaron abollados y en la mayor parte inútiles. Componiase (como se ha dicho) esta tropa de colegiales y cajeros, que apenas habian tenido un aprendizaje de un mes escaso; estaban pesadamente armados, y unos porque les apretaban las botas, otros porque no podian con las armas, en un *Sancti Amen* fueron hechos piezas; solo opuso una regular resistencia el teniente Garibúru que se hallaba en Guadalajara de bandera para el regimiento de la Corona, y se le destinó á la expedicion; pero quedó muerto en el puesto. Quedó prisionero Villaseñor, D. Salvador Bares y D. Leonardo Pintado, capitan de una de las compañías de Tepic. Pasáronse á los americanos en esta accion los milicianos de Colima. Personas veraces me aseguran que D. José Antonio Torres, comandante en gefe de los americanos, hombre de extraordinario valor y astucia, para hacerse entender de los indios en el modo de dar el ataque, se apeó de su caballo y con una vara les describió en el suelo el modo con que deberian avanzar en círculo para envolver á los realistas luego que él les hiciese cierta seña, que fué revoltar un lienzo blanco, la cual entendida fué desempeñada cumplidamente: tal era el estado de rusticidad de sus bravos indios.

Sabida esta noticia en Guadalajara, sucedió la consternacion al gozo, y el temor á la presuncion orgullosa de que estaban animados sus mandarines. Disolviósse la junta como humo. El presi-

dente Abarca se retiró al pueblo de S. Pedro, que dista una legua de la ciudad al oriente y es el Aranjuez de Guadalajara: ya la campana mayor de la catedral no tocó á ejercicio militar, sino á *plegarias*: el obispo se marchó precipitadamente á S. Blás, dejando á sus diocesanos una tierna despedida en que profetizaba á aquella ciudad lo que Jesucristo á Jerusalén, que dentro de pocos dias no quedaria en ella piedra sobre piedra; pero el tiempo hizo ver que su Illma. no poseia el don de profecía, pues se han aumentado muchos edificios y recibido mejor forma y mayor opulencia: tampoco lo poseyó el autor del discurso inserto en los números 46 á 49 del Telégrafo de Guadalajara en que se pretende probar la siguiente proposicion. . . . . *La independencia del reino es en todo sentido imposible, y la insurreccion imposibilitándola mas y mas cada dia, no hace mas que consumir la desolacion de la patria.*

El autor de este fallo político no solo lo ha palpado desmentido, sino que ha figurado en la escena de esta independencia de una manera honrosa. Todos los hombres precian de profetas, porque como dice un adágio. . . . . *De médico, poeta, profeta y loco, todos tenemos un poco.*

La mayor parte de los europeos siguieron al obispo á los dos dias, llevándose consigo los intereses mas preciosos, y abandonando sus familias. Acaudillábanlos Recacho y Alva, quienes como ministros de la audiencia real, formaban un tribunal ambulante; pero tribunal de iniquidad, pues con achaque de magistrados superiores iban recogiendo por los pueblos de su tránsito todos los caudales de estancos, alcabalas y salinas. Ellos incendiaron los almacenes de Guaristembu; no sé si en el digesto ó leyes de partida encontrarian alguna sobre que apoyar esta iniquidad. El cabildo eclesiástico celebró solemnes exéquias á los mártires de Zacoalco, supónese que no faltaria un testito de los macabeos que aplicarles, y el illustre ayuntamiento comenzó desde entónces á ser la primera autoridad de Guadalajara, reemplazando con americanos la falta de los regidores europeos ausentes. Tratábase de que entrasen los vencedores en la ciudad, y así se dispuso por dicha corporacion enviar parlamentarios á Zacoalco,

la Barca y Tacotan, en donde se sabia que estaba el comandante americano Gomez Portugal: por tanto, salieron para Zacoalco D. Ignacio Cañedo y D. Rafael Villaseñor. Para la Barca el doctor Padilla, fraile franciscano. Para Tacotan el doctor D. José Francisco Arroyo. El resultado de la comision fué, que el 11 de noviembre (1810) entrasen en Guadalajara dichos comandantes americanos, ofreciendo D. José Antonio Torres conservar las propiedades de sus vecinos, y respetar sus personas hasta que se ejecutase la entrada del general Hidalgo, que se verificó en 26 del mismo mes. Mucho ha detraido la malignidad y orgullo de los españoles el mérito de Torres, y á la verdad con poca razon; parece ya tiempo de hacerle justicia, y creo que su cara sombra colocada sobre mi cabeza, me pide este tributo: tomaré de la boca de sus enemigos y de la pluma sangrienta de sus jueces, los méritos reelevantes que harán eterna en la provincia de Guadalajara la memoria de este hombre idólatra de la libertad de su patria: hablo de la sentencia de muerte que contra él fulminó la junta de seguridad en 12 de mayo de 1812 y que suscribió el primero, aquel que tambien lo fué en dar tratamiento de *Alteza* al Sr. Hidalgo. Torres, comisionado por el primer gefe de la revolucion, levantó los pueblos de Colima, planes de tierra caliente, Sayula y Zacoalco, donde destrozó á la mas preciosa juventud de Guadalajara que prefirió la esclavitud y tiranía de los españoles á la libertad de su nacion: hizo luego imprimir el bando de su gobierno, al que se ajustó para conservar la tranquilidad, asesorándose en sus dudas con un letrado de probidad y sabiduría conocida: se batió con sus enemigos en puente de Calderon, y aunque derrotado allí, jamás desmayó ni abandonó la empresa, y nunca fué mas terrible á sus enemigos que cuando estos lo acababan de derrotar; pues se reorganizaba brevísicamente y con mayor brio y fuerza. Tuvo la desgracia de ser preso en el asalto que se le dió en el Palo Alto la mañana del 4 de abril por el teniente D. José Antonio Lopez Merino. Defendióse en la accion y fué herido. Condújosele á Guadalajara en un carro, que Cruz queria que fuese tirado de un *buey* y de un *burro* para darle en espectáculo de irrision; pero como tal pensamiento solo pudo tener lu-

gar en la cabeza de un menguado furioso no se verificó. Mandósele poner un tentemoso ó argolla bajo el cuello para que llevase levantada la cara en alto y que todo el mundo lo viese: él ofreció bajo su palabra que la llevaria erguida y lo cumplió; tal vez en iguales circunstancias no la habria cumplido Cruz: el hombre de bien siempre levanta la vista al cielo á donde dirige sus suspiros, porque se corresponde con el Señor que habita en las alturas y es testigo de la rectitud de sus sentimientos. Cuando intimó á Villaseñor en Zacoalco que se rindiese, lo despreció este, y le mandó decir que si lo habia á las manos lo haria ahorcar, que era un indecente mulato: la suerte puso en las de Torres á este gefe orgulloso, y no solo le salvó la vida, sino que lo trató con la mayor consideracion. Puesto en juicio le tomó confesion con cargos el Dr. D. Francisco Antonio Velasco, presidente de las juntas de seguridad y de *requisicion*, palabra que tanto quiere decir como de espionage †. Ahorcósele el 23 de mayo (1813) en una horca de dos cuerpos; ejecutado en el primero, se elevó al segundo para darle en espectáculo al público, en la plaza llamada de Venegas, dedicada á la memoria de este tirano, como la de Luis el Grande en Paris, para perpetuar la de sus triunfos en la Europa. Cortósele á vista del público la cabeza, que se fijó en un palo alto. Allí se descuartizó su cuerpo, remitiéndose (dice la sentencia) el cuarto del brazo derecho á Zacoalco, otro á la garita de Mexicaltzinco de aquella ciudad, por donde entró á invadirla; otro en la del Cármen y otro en la del barrio de S. Pedro que es salida para el puente de Calderon: estos mismos restos despues de espuestos al público por cuarenta días, se condenaron al fuego. La saña se llevó hasta mandarle derribar á Torres su casa ubicada en el pueblo de S. Pedro Piedra Gorda, cuya area

† Guadalajara guardó el mayor silencio en los dias en que fué dominada y sojuzgada por D. José de la Cruz. Nadie vió meditar nada contra este tirano: sus corporaciones principales enmudecieron delante de él, como toda la tierra delante de Alejandro de Macedonia, segun la espresion de la santa Escritura: tributáronsele los mayores respetos, acompañados de elogios sin tamaño. La mano del editor del Despertador, publicado en los días de la entrada de Hidalgo, y que canonizó la revolucion, fué la misma que publicó el Telégrafo y otros papeles á que nos remitimos, en que están reputadas por buenas las acciones mas absurdas é inmorales.

se sembró de sal. Así se vengaban nuestros tiranos opresores de unos hechos, cuya injusticia solo ellos podían calificar. Firmaron esta infame sentencia Juan José de Sousa y Viana, Francisco Antonio de Velasco, Manuel García de Quevedo, Domingo María de Gárate.

Aunque la conducta que Torres observó en Guadalajara fué digna de un romano, pues se entregó á la direccion de un letrado de probidad de los de aquella audiencia, no estuvo libre de imputaciones y compromisos. El mismo dia que entró con su division, entraron igualmente con las suyas respectivas los coroneles Portugal y Navarro, que quisieron disputarle la preferencia del mando; no quiso resolverse por sí mismo, y así consultó con el cura Hidalgo, á quien dió parte de todo lo ocurrido, y lo excitó á que viniera á tomar el mando. Derrotado este gefe en Aculeo volvió á Valladolid con el cortísimo acompañamiento de cinco ó seis personas. Dirigióse Hidalgo á la casa ubicada detras de la Catedral, donde alojaba Doña Micaela Montes, viuda de D. Domingo Allende, señora de mérito que siempre se declaró por la causa de la libertad, y que padeció no poco por ella: despues pasó á hospedarse á la casa del obispo que estaba vacia, porque á la sazón se hallaba en México pidiendo auxilio al gobierno para llenar de pavor á Valladolid y causar su desolacion. Allí no descansó un momento, porque puesto de acuerdo con el intendente Anzorena, hizo á la mayor brevedad grandes reuniones de gente, tanto de la ciudad como de las inmediaciones: ordenó algunos cuerpos de caballería; activó la construccion de cañones de calibre de á dos hasta doce, monturas, carros, &c. En junta de oficiales compuesta de cuarenta y cinco, hizo varias promociónes; mas de estos solo el coronel D. Juan de Foncerrada y Soravilla tenia un regimiento compuesto de doce compañías, y de estas solo habia siete armadas: los demas oficiales se dedicaron con el mayor esmero á organizar sus cuerpos. En estos dias se presentó á Hidalgo el Lic. D. Ignacio Lopez Rayon, vecino de Tlalpujahuá, el cual notando grandes desórdenes en la indiada que condujo el mismo cura Hidalgo á Toluca, y que consumían inútilmente los aperos de las haciendas de *Chamuco* y otras de

Maravatio, procuró remediarlos de una manera prudente y ventajosa al estado. No faltó quien por semejante motivo lo denunciase por sospechoso al gobierno de México; y aunque habia obrado hasta entonces en nombre de éste, Venegas le mandó prender; súpolo en tiempo, y casi en el momento de efectuar el arresto que eludió con viveza, teniendo á la vista el destacamento de tropas que lo buscaba: acababa Rayon de casarse; pero ni los atractivos de su himeneo pudieron contenerlo, ni la confianza de sincerarse prontamente ante el virey: ni el estado de bonanza de una mina de oro, de que era dueño en el Real del Oro: marchó, pues, á la revolucion; Hidalgo le hizo su secretario de confianza, y despues lo colocó en el ministerio de todos ramos. Me he detenido en esta relacion, porque este jóven, dotado entonces de un personal interesante, va á figurar en la escena de nuestra revolucion, y á él deberá la patria el establecimiento de la primera junta que comenzó á poner orden en todas las cosas, y á dar un carácter de dignidad á la revolucion que hasta entónces no habia tenido. El 14 de noviembre llegó á Valladolid la noticia de la ocupacion de Guadalajara, y con ella los temores de una anarquía por las disputas de mando entre Torres, Portugal y Navarro. Resolvióse, por tanto, el cura Hidalgo á marchar en persona para evitarla, y lo verificó el dia 17, habiendo precedido una solemne misa de gracias en Catedral, á que asistió, colocándose bajo de dosel y acompañado de los oficiales Foncerrada y Villalongin. La marcha fué seguida de siete mil hombres de caballería; pues apenas iban doscientos cuarenta infantes al mando de Foncerrada. El camino se hizo por este ejército en diez jornadas, en cuyo espacio de tiempo todos fueron obsequios en los pueblos y abundancia. Distinguiéronse en el recibimiento los vecinos de la villa de Zamora, por cuyas calles bien adornadas pasó el ejército, y todas las corporaciones se esmeraron en los cumplimientos y arengas. Hidalgo solo se detuvo allí un dia, y lo ocupó en el arreglo de su marcha y en responder á multitud de cartas remitidas de muchas partes del reino que lo felicitaban y reconocian ya por su libertador. Al siguiente dia continuó su camino despues de oír una misa de gracias, y recibió por donativo